

Únicamente en nuestro tiempo se ha pretendido construir una metafísica en la finitud y sólo de la finitud.

Y esta es la gran paradoja del tiempo que vivimos. De una parte la técnica en cuanto instrumento y forma ha repetido uno de los momentos de su ciclo y ha contribuido a formar al hombre pseudo seguro y sabihondo que hemos descrito, pero cuanto está en ese tercer estadio de «res facientes secundas res» ha sembrado una oculta inquietud y angustia. De una parte ha ensoberbecido al hombre, de otra le ha humillado.

Es ahora la ocasión de replantear el tema que en su momento iniciamos, ¿denuncia el «cine» en cuanto espectáculo una masificación del espectador? En otras palabras: ¿hasta qué punto el hombre asombrado ante la finitud puede estar masificado?

La respuesta a esta cuestión exige que distingamos entre masificación y socialización. En el seno de la masa el individuo es lo que el grano de arena en la montaña, puro elemento del todo. Desde el punto de vista humano la persona deja de serlo en cuanto pierde *personalidad* y aparece el individuo determinado por la *individualidad*, «signatus quantitatis». Desde el punto de vista de la socialización las personas tienen reguladas por normas comunes, e incluso determinados por hechos comunes, sus actos, viven igual. En este sentido nada hay más socializado que una comunidad religiosa, sin embargo, ¿se puede afirmar que tal comunidad esté masificada? ¿No ocurrirá exactamente lo contrario, que una mayor socialización permita una menor masificación?

Únicamente la peculiar situación de Occidente entre las dos guerras, 1918-1939, explica que cabezas privilegiadas hayan confundido masificación con socialización. Cada día es más claro a mi juicio que el hombre actual cuanto más socializa y aligera su vida, con mayor profundidad siente las inquietudes insocializables. Para decirlo con la deslumbrante expre-

